

# Drogas y vida urbana: hacia una hermenéutica de la relación entre la vida de ciudad y las múltiples adicciones

---

Patricia Noguera, PhD<sup>2</sup>

## Abstract

El siguiente trabajo ofrece una aproximación a la posible relación compleja entre las múltiples adicciones que se expresan como un fenómeno inquietante en la actualidad y la idea de ciudad - objeto. De otro lado, este trabajo hace un llamado a un cambio de actitud frente a la ciudad, por medio de una propuesta surgida de la hermenéutica, de las estéticas contemporáneas y de los estudios ambientales, en la búsqueda de una mayor comprensión del fenómeno de las adicciones y de una posible salida ético-estética ciudadana.

## Introducción

<sup>1</sup> Profesora Titular Universidad Nacional Sede Manizales. Directora del Instituto de Estudios Ambientales IDEA. Forma parte del Grupo de Estudios Estéticos y orienta el taller de Hermenéutica de la Ciudad. Es miembro del Instituto Andino de Etnofarmacognosia.

Hoy en día, la relación entre ciudad-adicción-droga pareciera innegable. De hecho, las adicciones pueden tener origen en el desarraigo, el exceso de trabajo, la ausencia de una afectividad sana, el abuso sexual y otros problemas cuyo epicentro es en gran medida la vida urbana moderna, con sus reduccionismos economicistas y cuantitativos. Sin embargo, la relación que nos ocupa en este trabajo, no es una relación causa - efecto, sino un tejido denso de fenómenos que construyen otros fenómenos. Es una relación compleja, rizomática y magmática cuyo estudio exige un grupo interdisciplinario e interinstitucional, que permita comprender las relaciones entre lo ecosistémico y lo cultural, en sus diversas dimensiones bióticas (físicas, químicas, biológicas, ecológicas) y simbólicas (psicológicas, antropológicas, técnicas, históricas, estéticas, éticas, políticas y sociales).

En este artículo tendremos en cuenta uno de los múltiples elementos contextuales: el elemento ciudad, (fenómeno ya de por sí complejo) dentro del cual se construyen las diferentes adicciones, como expresión, de una relación conflictiva entre: el modelo estadístico y cuantitativo de ciudad y la ciudad que soñamos, imaginamos y construimos cada día

La posición tradicional frente a la ciudad es concebirla como un objeto medible, expresable estadísticamente, producto de una racionalidad urbana que se elabora desde las oficinas de planeación municipal. Debido a este concepto la ciudad se entiende como un conjunto de edificios, vías, calles, puentes y plazas de cemento, concreto, piedra o madera. Dicho de otra manera, la ciudad se ha entendido como un objeto pétreo, terminado, con una forma específica expresada en estadísticas precisas.

De esta posición surge, por contradicción, la creencia en que la ciudad es únicamente la ciudad republicana, la ciudad «colonial», o la ciudad «ordenada», y que la población es la que daña la ciudad.

Sin embargo, y gracias a las reflexiones de urbanistas, arquitectos, antropólogos, sociólogos, semiólogos, comunicadores y filósofos contemporáneos, el tema de la ciudad ha tomado rumbos nuevos, saliéndose progresivamente del campo fiscalista, para convertirse en un campo interdisciplinario de reflexión- acción, que además constituye nuestra praxis comunicativa cotidiana, en la cual se hace más o menos posible el habitar de un alto porcentaje de los pobladores de nuestra región. Miradas como las que proporcionan la ética, la estética, y en general, una idea ampliada de cultura, aportan a la consolidación de una resignificación de la ciudad de

tal manera que podemos decir sin temor a equivocarnos, que la ciudad como uno de los campos del habitar humano que más auge ha tomado en la contemporaneidad, es el «laboratorio» en el cual se construyen y deconstruyen valores, normas, imágenes de mundo, sueños, relaciones afectivas, dinámicas sociales, diferenciaciones culturales, agrupaciones solidarias, en una multidimensionalidad que se escapa a todo concepto categorial.

Dicho de otra manera, la ciudad contemporánea, ha roto todas las marcas formales que en la historia de la ciudad se habían impuesto, al punto de decir, que hoy día la ciudad adquiere todos los días formas diferentes, como la ameba o como los flujos de corrientes líquidas, que en cada momento adquieren formas caprichosas, «monstruosas» según el término estético utilizado por Calabresse en su texto *La Era Neobarroca*.

Estas transformaciones «caprichosas» de la ciudad, se convierten para algunos sectores en problemas cruciales del urbanismo actual, mientras que para otros, son el principio para comprender la ciudad no como una categoría estática, sino como una complejidad cambiante y dinámica, al decir de Morin.

La ciudad no es La Ciudad con mayúscula, sino la ciudad con minúscula, es decir aquella que todos los días cambia, manteniendo sin embargo una coherencia interna que la hace siempre viva, siempre nueva, siempre bella para algunos o terrible para otros. Ella, está en construcción y deconstrucción permanente. No sólo cambia a medida que la luz se mueve, sino que los imaginarios de ciudad que cada uno de nosotros tiene, como individuo y como grupos sociales, son diferentes. Manizales, Pereira, Bogotá, Ciudad de México, Sao Paulo o cualquier ciudad es múltiples ciudades al mismo tiempo. Es la ciudad que construimos diariamente no sólo a partir de las diversas intervenciones constructivas, sino, y ante todo, por las diversas formas de vivir y de sentir la ciudad. Ella es un ser vivo, un cuerpo orgánico con sus flujos: de transporte, de transeúntes, de energía eléctrica, de aguas, gases, de impulsos electrónicos que constituyen las redes de comunicación por televisión, por internet, y por el espacio cibernético que ha creado la realidad virtual. Es además un sujeto flexible, que adquiere todas las formas ninguna de ellas, estable.

Pero los flujos más importantes de este sujeto flexible, son los flujos producidos por nuestros deseos, nuestros impulsos, nuestras compulsiones, nuestros sueños y nuestras fantasías. La ciudad en la noche, es diferente a la ciudad en el

día. Algunas calles, que de día son públicas, de noche se convierten en privadas, como el refugio de un grupo de personas, de unos individuos que amparados por la penumbra, realizan sus deseos reprimidos durante el día: ser bellos, ser amados, ser felices. La ciudad es como un camaleón. Sus colores cambian permanentemente: a veces gris, otras blanca, otras negra, otras verde, otras dorada, otras plateada, la ciudad tiene un temperamento, que son nuestra diversidad de temperamentos. Es anímica y cambiante.

Ninguna forma de ciudad es nuestra ciudad. En ella cabe no sólo la cuadrícula, o la centralidad, la forma de estrella, o la de esfera, sino que ella rebasa todas las formas de la ciudad, para ser ella misma, siendo más que una sumatoria de formas. La ciudad es magmática, al decir de Castoriadis. Ella es hirviente, candente, aleatoria.

Comprenderla así, es comprender las dinámicas propias de la vida ciudadana, que no se reducen al ejercicio de las racionalidades propias del sistema de trabajo, de la industria, la banca, el mercado, la construcción de viviendas o, incluso, la vida estudiantil, sino que son también dinámicas que se escapan a toda forma de racionalidad.

Las ciudades actuales, en especial las ciudades latinoamericanas y específicamente las ciudades colombianas, son expresión de diversidad de todo tipo. En ellas los procesos migratorios han generado formas de asentamientos humanos de gran complejidad: encontramos grupos humanos que aunque vivan en la ciudad, se mueven alrededor de imaginarios agrarios o rurales, generando una nueva forma de imaginarios rururbanos, o urbano - agrarios y generando espacialidades que sin bien están en el tejido urbano físico, pertenecen a tejidos culturales de mayor alcance.

Estas novedades o acontecimientos que a diario transforman las formas de nuestras ciudades, generan también fenómenos psicosociales interesantes de comprender desde una visión hermenéutica de la ciudad, como son las adicciones que por lo general tienen un origen biosociocultural. Las personas buscan grupos dentro de los cuales puedan satisfacer sus sueños, sus deseos, sus proyectos, sus aficiones; de otro lado el mecanicismo industrial, la instrumentalidad tecnológica, y el economicismo del mercado, hacen que los sueños, los deseos, los proyectos y las aficiones de muchas personas deban ser sacrificadas en aras del 'desarrollo del país y de la ciudad', bajo un concepto de desarrollo reducido a desarrollo económico.

En las últimas dos décadas del siglo XX se comienza a hablar de desarrollo

sostenible, sustentable o integral, en sectores de la política estatal, y como proyecto de país región y ciudad región. Este es el caso, por ejemplo, del proyecto de desarrollo sostenible para Manizales, que hemos llamado Biomanizales, liderado por el Grupo de Estudios Ambientales Urbanos del Instituto de Estudios Ambientales IDEA, de la Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales, en convenio con la Alcaldía.

Muy recientemente también, se plantean alternativas de modelos no reduccionistas de ciudad, que permiten relaciones más amplias con los fenómenos culturales como un todo diverso, como es el caso del modelo de biociudad. Solo en el año 1997 se plantean alternativas educativas donde se integra en una praxis estético-ambiental, el cuerpo y el mundo de la vida, (es decir la corporeidad humana y lo que se llamaba 'naturaleza' en relación con la cultura), a partir de una fenomenología hermenéutica de la vida cotidiana. La construcción de este modelo abre puertas para una comprensión, como complejidad creciente (Morin), de la esfera cultural y de la esfera ecosistémica, como esferas interrelacionadas de una forma muy particular: la una es, en la medida en que la otra es. Dicho de otra manera, no podemos pensar en la cultura sino como expresión de una naturaleza particular, la nuestra, en la medida en que no existe la naturaleza como categoría sino las naturalezas como estéticas de la vida, es decir como creaciones permanentes del movimiento vital. Igualmente, no podemos pensar la cultura como una categoría abstracta, sino como formas de ser particulares y diferentes de la vida humana y de otras especies que según Morin (El paradigma perdido, 1996) tienen expresiones protoculturales.

Los modelos de ciudad y de educación que hemos construido en el Instituto de Estudios Ambientales IDEA y en el Grupo de Estudios Estéticos de la Universidad Nacional Sede Manizales, enriquecen la comprensión de las adicciones, en la búsqueda de darle una solución integral a éstas.

## La ciudad y la vida

Si miramos nuestras ciudades desde el reduccionismo fiscalista, bastaría con construir nuevas vías, puentes o parques, para que la ciudad fuera más «ordenada», más «segura» o más «tranquila», e incluso, más «bella»; sin embargo en nuestra praxis de ciudad, es decir en nuestra cotidianidad de ciudadanos y de ciudadinos, sentimos que no es así. Hace falta una educación ciudadana de características hermenéuticas muy profundas, para comprender la ciudad en sus diferencias y mutaciones permanentes.

Es paradójico que cuando se habla de educación ciudadana, de cultura urbana y de fenómenos como las adicciones se excluye la ciudad sensible, la ciudad monumento, es decir la que vemos, habitamos y recorreremos; igualmente, cuando se habla de la ciudad como arquitectura y urbanismo, nos olvidamos de la ciudad - redes afectivas, de la ciudad que nos significa a partir de nuestros deseos, de la ciudad como lugar de construcción simbólica, de decisiones para la vida.

Esta escisión viene de la oposición entre razón y sensibilidad, cuerpo y espíritu, el adentro y el afuera, el sujeto y el objeto, muy característica de la herencia cristiana de occidente y de la modernidad. Por esta razón, los urbanistas tradicionales piensan que la ciudad es un objeto físico, y los sociólogos piensan que la ciudad es la sociedad pura, sin lugar. Para los primeros, la ciudad es pensada sin humanos, y para los segundos, los humanos son pensados sin ciudad. La ciudad para los primeros es un hecho físico, y para los segundos, la sociedad es metafísica.

En estos momentos postmodernos proponemos pensar en la ciudad, ciento por ciento física y ciento por ciento social. Ciento por ciento deseo, sueño, fantasía y ciento por ciento materialidad, color, olor, luz, sombra, espacialidad. Proponemos pensar la ciudad móvil, líquida, flujo, intensa, dinámica. Cuando se ha pensado así, las intervenciones urbanísticas, (como es el caso del Ingeniero de Vías Ildelfons Zerdá en Barcelona, en la segunda mitad del siglo XIX) tiene en cuenta una ciudad como ser vivo, que necesita oxígeno, pero también belleza, escala, visión de futuro. Hasta hoy día, un siglo después, Barcelona le agradece a Zerdá su proyecto de ensanche, muy criticado por sus contemporáneos. ¿Por qué? Porque en su proyecto de ensanche, Zerdá pensaba en las personas, en la calidad de vida urbana de la gente de Barcelona y fue esto lo que lo llevó a proyectar una Barcelona amplia, amable y acogedora con el transeúnte.

Nuestra propuesta es pensar la ciudad como un lugar donde quepamos todos, es decir, un lugar donde la tolerancia y el respeto, como dos formas indispensables para comprender y aceptar las diferencias, permitan una convivencia con calidad. Esto implica un nuevo concepto de educación ciudadana, de ciudad, y de calidad de vida. La ausencia de estos aspectos en los procesos políticos y educativos, contribuye a que seamos una cultura esquizoide y violenta.

## Hermenéutica de la ciudad - sujeto sensible, para la comprensión ética ambiental del fenómeno de las adicciones

El término ciudad, dentro de la historia epocal, obedece a una categoría cognitiva que se convirtió, a partir del siglo XVIII en el único modelo de ciudad por lo menos para la cultura occidental. El cientificismo, el causalismo, el mecanicismo y el fiscalismo, influyen profundamente en todas las concepciones del mundo de la vida, haciendo que la idea de ciudad obedezca a ellos de manera reductiva. El urbanismo se erige como ciencia en el siglo XIX buscando fundamentar una visión universal y legal de las formas de vida urbana, olvidando las diferencias propias de los contextos culturales de cada ciudad. Las tendencias de un pensamiento apriorístico, reflejadas en la historia política, social o del arte, se expresan también en el encajonamiento de las ciudades europeas a modelos tipo, utópicos algunos, otros tomados del pasado grecorromano o también de las fantasías estéticas de pintores, poetas y literatos que imaginan ciudades ideales.

Y soñar la ciudad ha sido siempre un derecho de todo ciudadano. El problema consiste en querer que todas las ciudades sean como la ciudad que soñamos. Sabemos bien que esto no es posible, porque las ciudades son expresiones colectivas donde las diferencias son la dinámica principal que consolida una forma de ser. Sin embargo, en las profundas redes que entretienen el ser ciudadano, los hilos del poder son hilos estructurantes de este ser ciudadano. Estos hilos se expresan como discursos políticos, formas de escuela, relaciones afectivas y formas de dominación individual y social -sagradas y profanas- de tal manera que no podemos hacer caso omiso de estas formas de poder, cuando se trata de hacer una hermenéutica de la ciudad, con el fin de comprender el complejo fenómeno de las adicciones.

La concepción de la ciudad como una categoría a priori, como un modelo ideal, arquetípico, es sin lugar a dudas una herencia platónica que ha marcado el soporte más profundo de la cultura occidental. Ella es vista como un valor estético, si responde a una serie de leyes, estéticas también, provenientes de la idea de la existencia de la Belleza Pura en un Mundo de las Ideas (Platón) el cual es necesario recordar a manera de simulacro o representación, en nuestra vida cotidiana. En la ciudad clásica, la política y la ética corresponden con la estética. Equilibrio, armonía, proporción y escala, son las leyes de la música que se aplican no sólo a la arquitectura, sino a la vida de la polis. Hay una eticización de estos valores estéticos, de manera que lo político es esa conjunción entre lo ético y lo estético.

Sin embargo, esta visión pronto es confrontada con otras formas de ciudad que se oponen a la polis griega, confrontación que lleva a un afianzamiento de las identidades clásicas, afianzamiento que se torna en paradigmático de todas las formas de vida ciudadana y de ciudad de Europa. Las urbes bizantinas y las metrópolis romanas tratarán de imitar el modelo cayendo muchas veces en copias que dentro de contextos imperiales pierden su sentido originario, que era la expresión de la democracia de un pueblo ilustrado.

Durante el medioevo europeo, aparecen nuevas formas de organización social, política, religiosa, económica que no serán llamadas ciudadinas o urbanas, por no obedecer al paradigma (o mejor, modelo tipo) de la ciudad clásica. La Ilustración del siglo XVIII europeo, no reconocerá estos asentamientos humanos como ciudades, por no coincidir con el modelo categorial de ciudad. Solamente cuando se reactiva el comercio, los historiadores de la Ilustración hablarán de una reactivación de la ciudad. En el momento en que la realidad cambiante se «parece» al modelo ideal, en ese momento, la realidad es verdadera. De lo contrario, cuando la realidad cambiante se aleja del modelo ideal, pareciera como si la realidad fuera mentirosa.

Una ética ciudadana se conforma a partir de esta actitud de la historia y de la cultura moderna: la ética compuesta por valores universales tipo, a los cuales toda cultura, toda forma de ser, toda diferencia, tiene que adherirse. Dicho de otra manera: si hay un modelo tipo universal de ciudad, a este corresponden unos valores éticos, estéticos y políticos universales.

Veamos un ejemplo: existiría el valor de lo verdadero, como un valor universal, que se llenaría de diversos contenidos de verdad; esta es la teoría que propone Emmanuel Kant, uno de los filósofos modernos más importantes precisamente por su teoría de los aprioris científicos, éticos y estéticos. Lo justo, lo bueno, lo bello, etc, serían formas universales que permitirían casos específicos, siempre y cuando ellos respondan a su a priori, y no a meras determinaciones específicas de culturas específicas. Para Kant, la ética se manifiesta por medio de la ley moral que tiene la forma universal del imperativo categórico.

Hasta aquí encontramos que a una tipología universal de ciudad, corresponde una teoría universal de los valores. El problema cultural que se origina a partir de esta creencia, expresada de un lado una imagen de mundo escindido, fracturado, roto. El mundo de la interioridad se reduce a la homogeneidad de una racionalidad

lógica, que según el postulado kantiano, sería una racionalidad trascendental, es decir no histórica, sino por encima de toda forma de historicidad; el mundo de la exterioridad se reduce al mundo de la ciencia moderna, que es, por excelencia, la ciencia de la Física. Dicho de otra manera, el mundo de la interioridad se reduce al concepto de sujeto racional, y el mundo de la exterioridad se reduce al concepto de objeto medible y expresable en leyes universales.

La idea de ciudad como una categoría a priori de análisis expresa la intención de la modernidad, de mirar la diversidad desde la unicidad, lo cual niega la posibilidad de la alteridad.

Y qué significa la alteridad?

Esta significa otro que no es yo, sino precisamente eso: otro. Otro extraño a mí, otro diferente, diverso; otro que, incluso, no puede comunicarse conmigo, porque no hablamos el mismo lenguaje; otro que entonces, tiene una experiencia de mundo diferente a la mía.

Las figuras de la alteridad son infinitas. Sin embargo, estas aparecen en la modernidad, como figuras opacas, débiles, excluidas, discriminadas, negadas, dominadas, silenciadas, atacadas o perseguidas, en nombre de principios, normas leyes y formas de organización del orden universal. La gran paradoja radica en que en nombre del valor universal de la verdad, se le niega a la alteridad el derecho a tener su verdad. En nombre del valor universal de la vida, se le quita la vida a la alteridad, por no estar de acuerdo, o por pensar diferente. En nombre del valor universal de la justicia, se cometen las injusticias más atroces contra quienes constituyen una alteridad. En nombre del valor universal de la lógica, se cometen actos de profunda irracionalidad con aquellos que no son lógicos, es decir, que no son racionales, como es el caso de otras formas de vida no humanas.

La ética moderna, como una forma de la filosofía kantiana, enraizada en la cultura europea, se constituye en universal, más como una pretensión que como una hecho de factum. En la cotidianidad del mundo de la vida de las culturas, la ética se construye en la medida en que construye la cultura como un denso tejido de valoraciones que son las que permiten las relaciones entre los diferentes actores y escenarios en los cuales se da este acontecimiento permanente y vivo.

Sin embargo, la ética moderna a partir de Kant se piensa para ángeles, sin

sexo, sin cuerpo, sin sensaciones, sin emociones, sin deseos y sin sueños. La negación del cuerpo como corporeidad, como lugar de construcción cultural, como lugar del lenguaje, como lugar de los símbolos y de las imágenes; la reducción del cuerpo a un hecho biológico, lleva a que se piense que lo interior y lo exterior no puedan reconciliarse. Si en el medioevo había una negación del mundo material y del cuerpo por la creencia en que el mundo real era el mundo del más allá, en la modernidad, esta concepción continúa, ahora en la figura de una Razón, así con mayúscula, por encima de toda particularidad. Una razón ella en sí misma, una razón que se auto determina, se auto critica, se auto constituye. Una razón ensimismada, impenetrable, cerrada a toda posibilidad de alteridad. Una razón universal que reuniría dentro de sí a todos y a todo (siempre y cuando ellos respondieran a los principios más genuinos de dicha razón).

Esta utopía de la racionalidad moderna, que busca abarcar y explicar la totalidad de lo existente partiendo de unos principios universales, se expresó muy bien, de un lado en la idea de unificación política de las naciones modernas, que dio origen a las naciones actuales, y de otro a la idea de un pensamiento sometido a una sola voluntad en la razón, que dio origen, a su vez, al nazismo, al stalinismo, al fascismo o a cualquier forma de imperialismo, que todos conocemos. De nuevo la gran paradoja: en nombre de una razón universal, se pisotea el derecho a la diferencia de razones.

Evidentemente, la cultura expresa en diferentes figuras lo que la hace ser así, de determinada manera. Y la cultura moderna expresa en micro y en macro, en sus diferentes formas, ese ser universalizante, omniabarcante, que niega la alteridad. Su ética no es un agregado, sino su estructura profunda, su forma de ser. Con la universalidad y la homogeneidad, vienen las grandes obsesiones de occidente; la obsesión por la ciencia, por la tecnología, por el mercado, por el capital, por el progreso, por el desarrollo. Dentro de esas obsesiones nacionales internacionales, figuras de la alteridad como el cuerpo, la corporeidad, el placer o la felicidad, pasan a ser objetos de mercado, formas de mercancía, o figuras de una alteridad que para conseguirlas, es necesario escapar al yo - sujeto eficiente, cognoscente, mano de obra o número de matrícula académica.

La eticidad es una característica fundamental en la vida. Toda forma de vida es una forma de valor, es una expresión de deseo, es un impulso; la vida es movimiento de unas células a otras, y de esos movimientos, de esos deseos, de esas atracciones, surgen nuevas formas de vida en una incesante producción que hace que podamos

hablar de la existencia en la actualidad, de millones de especies y de formas de vida. La vida es movimiento, es dinámica, es fuerza de atracción y de reacción. No es una categoría estática ni un a priori, sino movimiento puro. Es ser y no ser al tiempo. Es negación y afirmación. Es negro y blanco, yo - otro, síntesis de contrarios. La vida es complejidad creciente. Ciento por ciento nacimiento y ciento por ciento muerte.

Sin embargo, la ética de la cultura moderna reduce la dinámica permanente de la vida en su diferenciación pura, a una sola forma de vida: la humana. Sólo entre humanos es posible el respeto, dirán los humanistas que creen fervientemente en la razón como única forma de relación ética. Quedan por fuera de esta ética antropocéntrica, las otras formas de vida y de cultura, las otras formas de ser. Quedan por fuera, incluso, aquellas culturas que no enfatizan sus relaciones en la razón. Las culturas míticas por ejemplo, no tienen acceso ni siquiera a ser llamadas humanistas. El humanismo moderno es especialidad de los intelectuales provenientes de las ciencias humanas, o de las ciencias naturales que se han «humanizado». De hecho, las ciencias naturales son ciencias sin hombre, así como las ciencias sociales son ciencias sin naturaleza. (Angel, 1996).

La ciudad como una expresión de la cultura urbana, de los asentamientos humanos que se han organizado por medio de leyes; la ciudad como civitas, donde el ciudadano tiene una serie de derechos que le permiten habitar, morar y tomar decisiones en bien del pueblo; la ciudad organizada económicamente a partir de una libertad de producir, comprar y vender; la ciudad como una expresión simbólica de alta significación cultural; la ciudad como subsistema de la naturaleza hecha artificio, expresa en su vida, en sus transformaciones y en sus dinámicas, las formas de la ética gracias a las cuales se ha construido la cultura que hace que la ciudad sea ella.

Para nuestro caso concreto, las ciudades modernas se han caracterizado por expresar su intención de homogeneidad en pro de una razón también universal. No sólo la ética de dichas ciudades, sino la estética, la política y todas las actividades que se desarrollan en ella, expresan esta intención.

En la arquitectura de estas ciudades, encontramos con frecuencia, la repetición modular de un modelo racional de vivienda, de edificio público, de puente o de parque. Una razón, por encima de los contextos particulares se impone: la razón del beneficio económico, de la negación de lo particular mismo, propia precisamente de la actitud moderna. Igualmente en la vida política o en las formas de organización social, hay una tendencia en la ciudad moderna, a la negación de la alteridad.

Por esto, el «desorden» de las ciudades, (ciertos manierismos o barroquismos, por ejemplo) es visto por los modernos, como una especie de decadencia de la ciudad. Vuelve a aparecer aquí la paradoja: el moderno, que lucha por la novedad, por la actualidad permanente, se torna conservacionista. El moderno, aferrado al discurso de un tipo de orden, no soporta la fragmentación de las ciudades. Se siente asistiendo a la muerte de la ciudad, y podríamos decir que en cierta forma así es.

El urbanista moderno asiste a la muerte del urbanismo moderno, que creyó que con decretos y reglamentaciones surgidas de la mesa de los especialistas, era posible zonificar, racionalizar, ordenar la ciudad; el arquitecto moderno asiste a la muerte de la arquitectura moderna que creyó que era posible una arquitectura sin historia, una arquitectura regida únicamente por principios matemáticos y de especulación del suelo urbano; el sociólogo moderno asiste a la muerte de una sociedad piramidal, dividida en tres clases sociales claras y distintas; el historiador moderno asiste al fin de una historia única, lineal, con mayúsculas, con pretensiones universales; el filósofo moderno, asiste al fin de la modernidad (Vattimo, 1985), es decir de una época que se creyó eterna porque era imposible dudar de la razón como origen y fin de todas las cosas.

Como lo plantea Lyotard, en varios de sus trabajos, especialmente en *La Condición Postmoderna* (1985), los grandes discursos y las grandes teorías racionales, que buscaron dar soluciones universales a problemas particulares, han llegado a su ocaso y una puerta incierta se abre a la noche (Steiner 1991). La duda anticartesiana, frente a la razón omniabarcante e instrumental se hace cada vez más cotidiana en la vida de todos los días, cuando las violencias de todo tipo, la impotencia de las leyes para proteger a la persona en su fuero más genuino, y los sorprendentes virajes que toman las fuerzas de la vida en todas sus dimensiones, como por ejemplo los virajes estetizantes que han tomado las formas de la ética, al punto de llegar a un escepticismo supremo frente a cualquier norma que vaya más allá de los límites propios de la persona individual, son formas de expresión simbólica de una cultura en crisis, que busca otras formas de liberación que no sean las propuestas por la modernidad.

Por ejemplo, una liberación en el cuerpo, y no en el campo incorpóreo de la razón universal. Los peligros que se corren en este tipo de liberaciones son inmensos. Una liberación basada en la negación, lleva a querer detenerse al máximo en aquel estado o en aquel polo de la negación que ha sido negado. Dicho de otra manera,

si se ha negado el cuerpo, dentro de la oposición cuerpo - alma propia de la cultura cristiana y cartesiana, la idea es que si la afirmación es el crecimiento del espíritu y la salvación del alma, la negación se afirmará y tendrá que realizarse una fuga del alma, para enfatizar el cuerpo, o una fuga del sacrificio y del dolor, para enfatizar el placer y la alegría, o una fuga de la muerte para enfatizar la vida.

La obsesión como característica de nuestra cultura, pasa de un polo a otro. Mientras un polo de los grupos sociales defiende una moral incorpórea, el otro grupo defiende una moral irracional o anti espiritual. Tanto unos como otros caen en la trampa del escape, de la fuga, de la negación de la dialéctica y de la complejidad del ser. Este es el caldo de cultivo de las adicciones: las fugas, los escapes, los reduccionismos.

Sin embargo, la ciudad es el escenario en el cual, para bien de unos y para mal de otros, aparecen nuevos actores que interpelan, cuestionan, preguntan y expresan sus diferencias no siempre por medios argumentales. Formas de relacionarse, de vestirse, de hablar, son lenguajes que pervierten las conversiones racionales de un orden impuesto. Formas de comportamiento que evidencian en sí mismas, el fracaso de unas formas de escuela repetitiva y anacrónica, de unas formas de familia autoritarias, de un estado que nunca fue ni siquiera moderno, de una política instrumental, utilitaria y maquiavélica.

Coexisten en la ciudad estas alteridades que molestan a muchos, y llaman poderosamente la atención a otros. Coexisten y su presencia simboliza el fin de una cultura impuesta y el comienzo de una cultura autónoma. El dolor, la muerte, la frustración y la exclusión, coexisten con la solidaridad, la creatividad y la alegría. Y esta coexistencia, como dice Holderling, nos recuerda que allí donde está el peligro, crece también la salvación.

## La ciudad como cuerpo

De estas alteridades, componente principal de la vida urbana, se forma el cuerpo de la ciudad. Es un cuerpo contradictorio, con permanentes desequilibrios, febrilidades y desajustes que preocupa a los planificadores, maestros, eclesiásticos y todas aquellas personas que pretenden una ciudad ideal, sin secreciones, sin flujos, plana, planificada, planillada.

La ciudad - cuerpo, la ciudad temperamental, la ciudad bio, es aquella ciento por ciento cuerpo y ciento por ciento espíritu. En ella hierven los deseos, las afeciones, las compulsiones de sus habitantes, que en la metrópolis contemporánea se expresan en la figura del transeúnte desarraigado y seminómada.

Los cruces de sentidos forman un tejido denso que es muy difícil de interpretar desde una sola óptica, menos aún cuando son sentidos tan diversos que generan intereses tan distintos. Esto hace que la ciudad sean fragmentos de intencionalidades políticas, estéticas, éticas, sociales, económicas y simbólicas. Su complejidad rebasa toda definición. Ella se hace cada vez más inasible a las racionalidades estatales y más rica para quienes quieren comprender a partir de ella, las formas de ritualidad de las cuales ella es escenario.

La ciudad-cuerpo es ciudad-corporeidades y por tanto ciudad-lenguajes. Recordemos que el cuerpo según las propuestas de la fenomenología y de la hermenéutica, es el lugar en sentido heideggeriano, de construcción cultural. El cuerpo en la modernidad se reduce de manera fiscalista a objeto, a instrumento a través del cual se perciben los fenómenos físicos. Nunca antes se estudia de manera tan exhaustiva el cuerpo y nunca antes se niega de manera tan radical. El erotismo, los lenguajes de la corporeidad, las estéticas fisiológicas, las secreciones del cuerpo, sus olores y sabores, se «limpian» muy cuidadosamente en la modernidad, por medio de jabones de todo tipo, en una asepsia excesiva que busca ocultarlo y negarlo.

Sin embargo es a través del cuerpo-imagen-desnudo, erotologizado, que se busca comercializar todo tipo de productos de «limpieza», con el fin de tener éxito en la vida, única forma de ser feliz. Cuerpo y consumo son figuras inseparables en la modernidad publicitaria, y son la forma de relación que se universaliza. Cuerpo-imagen, cuerpo que no es cuerpo, cuerpo inoloro, insaboro, cuerpo electronizado, cuerpo construido a partir de maquillajes y de prótesis, cuerpo plastificado, son las figuras identitarias propuestas por la publicidad urbana, desde las vallas colocadas estratégicamente en los lugares más visibles y transitados, hasta las televentas, la publicidad televisada y las redes de comercio virtual. Igualmente la ciudad cuerpo se mira desde la asepsia de la moralidad metafísica y performativa de la planificación racionalista. Se busca al máximo «limpiar» la ciudad, incluso de sus habitantes. Los posters turísticos nos muestran la ciudad sin gente, porque es el mendigo, el niño de la calle, las prostitutas y los prostitutos, las drogadictas y los drogadictos, quienes

ensucian la ciudad. La venta de un tour se basa en mostrar playas ascépticas, plazas y calles sin personas. Las «basuras» son secreciones del cuerpo de la ciudad que hay que ocultar para poder vender el cuerpo de la ciudad objeto, mercantilizado por las compañías turísticas y financieras de finca raíz.

La negación reiterada del cuerpo se expresa en la ciudad objeto. La compulsiones reprimidas del cuerpo-corpóreo, del cuerpo-secreción, del cuerpo-emoción y sentimiento, se expresan en neurosis urbanas que tienen sus puntos de fuga. El exceso del consumo, de secreciones, de limpieza, de maquillajes, de prótesis, de normas represivas, de violación de dichas normas, etc, son ejemplos de lo que hemos de llamar las neurosis urbanas. Una especie de esquizofrenia habita la calle, la casa, la escuela y la vida cotidiana de la ciudad. La calle de noche es el punto de fuga del reprimido, que queriendo ser mujer es hombre o queriendo ser hombre es mujer, que queriendo ser alegre y extrovertido, es triste e introvertido, que queriendo ser brillante y locuaz, es tímido y silencioso, que queriendo ser rico es pobre, que queriendo tener potencia sexual, es impotente, o que queriendo ser sociable y conquistador, es asocial y de poco éxito con el sexo de su interés. El alcohol, la cocaína, la heroína o el bazuco son el medio para llegar al otro lado, al lado opuesto entre lo que se es y lo que se quiere ser. Medio que se convierte en fin, porque nunca se llega al otro lado, sino que hay un estacionamiento en el consumo mismo de la sustancia, que es la adicción, porque la sustancia se torna absolutamente necesaria para poder creer que se es lo que no se es.

La ciudad expresa en sus neurosis urbanas estas mismas dinámicas sin que haya una relación de causa efecto, sino más bien de red fenomenológica, donde lo individual y lo social, se encuentran totalmente relacionados con lo espacial. Las violencias urbanas de las figuras contemporáneas de ciudad son la mejor expresión de la represión urbana y hay que comprenderlas así para poder tratarlas. No es con cárcel que se solucionan los problemas del habitar, sino con la posibilidad de la comprensión y la negociación pacífica de las diferencias.

Igual que la ciudad, una de las reacciones más complejas del cuerpo humano como corporeidad ecosocial es la de la violencia no sólo contra otro, sino y sobre todo, contra sí mismo. El uso excesivo, neurótico y de fuga de sustancias alucinógenas, enteógenas o narcotizantes, potencia las carencias, lo cual es una forma de violencia de la pulsión de muerte de sí sobre sí mismo. No es vida sino muerte lo que lleva al consumo excesivo y enfermizo, tanto de productos comestibles, como de desodorantes, jabones o drogas (sean legales o no).

No es casual que en las metrópolis contemporáneas uno de los edificios más representativos desde la perspectiva simbólica de lo que identifica una cultura, sean los centros comerciales, los hipermercados y los malls. Los palacios del consumo, expresan muy bien la enfermedad de la modernidad: el reduccionismo economicista que trae como fenómeno de red, el consumo desenfrenado.

Las terapias que buscan encontrar el origen de los excesos, encuentran que la mayoría de las veces estos generan mayor carencia que aquella que los originaron, por lo cual hay una pérdida de la autoestima. Esta violencia permanente de la adicción no se queda en la esfera de lo individual, sino que expresa carencias de tipo social. Una sociedad con una alta autoestima cuida, valora y se identifica con su ciudad. Una sociedad adicta, sin identidad, sin autoestima, valora más lo extraño, lo lejano, aquello que puede expresar su deseo de fuga y que bien puede llamarse «allendidad». (Cfr.SALAZAR F, VALENCIA J)

El impacto ambiental - cultural producido por el reduccionismo económico y de consumo de la vida rururbanoagraria (Cfr. FRAUME M, NOGUERA P, et all 2000) fractura las estructuras simbólicas, y a su vez se convierte en tema de análisis de especialistas en salud pública, desastres socio culturales, ambiente urbano, etc. Sin embargo, desde la perspectiva ambiental este impacto debe mirarse interdisciplinariamente y en muchas direcciones.

## Escisión, adicción y rizoma

La ausencia de la dimensión ambiental en los procesos de planeación y transformación de la vida urbano - agraria de nuestra región, no permite tener la dimensión del límite, ni el respeto por las diferencias. Si bien la radio, la televisión y últimamente las computadoras están contribuyendo a formar otras espacialidades no físicas (Echeverría, 1994), más complejas en sus procesos de relación, más homogeneizantes a través de procesos de individualización de fenómenos como el gusto, más pasivas en cuanto a formación y más activas en cuanto a información, la diferencia se constituye como una necesidad fundamental de la naturaleza.

El impacto ambiental y las transformaciones ambientales, producidos por nuestras ciudades y sus formas de planificación urbana, no se quedan dentro de las ciudades mismas sino que se extienden de manera rizomática a la región, al país y al mundo. La industria, la cantidad de vehículos, el orden o desorden urbanos, su

relación equilibrada o no con lo rural, los monocultivos, la ganadería extensiva, la explotación de minas sin estudios detallados de impacto ambiental, van lesionando tan radicalmente los ecosistemas y las culturas, que cada vez los problemas ambientales producidos por estos factores son de carácter irreversible. Invariablemente la contaminación de los ríos no se soluciona descontaminándolos, sino realizando un programa integral de educación ambiental, donde se comprenda la complejidad de ese fenómeno de contaminación. Lo mismo puede apreciarse con la tala indiscriminada de nuestras selvas y nuestros bosques. No se trata sólo de volver a sembrar sino de saber qué se siembra, para qué y qué otras actividades planeadas institucionalmente y a nivel de educación deben realizarse a corto, mediano y largo plazo. Igualmente, el exceso de vehículos, la expansión indiscriminada de la ciudad, la extinción de los espacios públicos como resultado del carácter iconoclasta de los urbanizadores, el problema de producción, tráfico y consumo de drogas altamente adictivas en nuestra sociedad escindida, no se solucionan en una sola dirección. Es necesaria la dimensión de la complejidad, para poder encontrar soluciones de un carácter muy complejo también, o como dicen Deleuze y Guattari en su libro *Mil Mesetas: rizomático*.

Dentro de los estudios sobre ciudad, los ecosistemas no son pensados como vida que merece respeto, como a priori de toda forma urbana y que pertenece a nuestros imaginarios simbólicos, sino como recurso económico para el desarrollo industrial. Las acciones violentas sobre ellos, no son aún capítulo de los tratados sobre ciudad o sobre vida urbana, especialmente los escritos por historiadores, pues el historiador moderno niega cualquier forma de presencia de la "naturaleza" en el devenir de la ciudad.

Por esta razón, entre otras, hay una satanización de las sustancias biológicas de las cuales se extraen las sustancias alucinógenas, enteógenas o narcóticas y se cree que con la aplicación tecnológica de herbicidas (fumigaciones, éstas de altísimo riesgo tanto para los ecosistemas como para las culturas como un todo - cuerpo) se soluciona el problema de la producción y del consumo, cuando por el contrario, se muestra que a mayor fumigación más producción y consumo. Como si la existencia de las plantas fuera la causa del consumo adictivo, o dicho de otra manera, como si la «naturaleza» fuera perversa con el ser humano, y esto se solucionara con la extinción de la «naturaleza».

Sin duda nuestra cultura moderna se ha edificado sobre la escisión entre hombre y naturaleza, ciudad y campo, cuerpo y alma, sujeto y objeto, cultura y eco-

sistemas. Por ello la relación causalista entre naturaleza y sociedad. A una naturaleza pretendidamente «mala», una sociedad con un alto índice de problemas de adicción. El resultado es que en la medida en que acabamos con nuestros ecosistemas, acabamos con nosotros mismos, mientras el índice de adicciones sube, lo cual significa que el problema no es la existencia de la sustancia, sino el escenario cultural en el cual dicha sustancia se convierte en vehículo, fin, objeto de ganancia, etc.

Aspectos simbólicos como la religión, los roles o papeles de actuación, la tradición ritual de la familia, el surgimiento de nuevos actores en el escenario de la vida urbana y de la vida rural, por medio de su agrarización, nos muestran el agotamiento de los modelos simplistas de análisis de la ciudad, de lo urbano y del fenómeno de la adicción a las drogas, solicitando un cambio de paradigma en los nuevos estudios sobre estas problemáticas, para lo cual la perspectiva ambiental nos aporta la idea de cuerpo y mundo de la vida, como aspectos que nos han permitido la conformación de nuevos modelos de comprensión urbano - agraria y de educación para la vida.

Si consideramos la multidimensionalidad y multidireccionalidad del fenómeno de la vida urbana desde la perspectiva ambiental, podemos decir que este tema debe ser trabajado de manera interdisciplinaria. Edgar Morin, en sus diversos estudios nos muestra que es necesario un salto epistemológico radical, una superación del carácter racionalista del conocimiento, para dar cabida a las imágenes y sugerencias no racionales, que estructuran los saberes mismos y las culturas.

La perspectiva ambiental nos permite entonces dar el salto epistemológico en la discusión sobre lo urbano, lo rural y lo agrario. Estos se tornan problemas complejos e interrelacionados rizomáticamente. Por ello disciplinas como la filosofía, la historia, la antropología, la geografía, la ecología, la geología, profesiones como la medicina, la psicología, la arquitectura, la ingeniería e incluso tecnociencias como la ingeniería electrónica y la cibernética, se encuentran actualmente en una nueva crisis que augura la superación definitiva de los paradigmas tradicionales de la epistemología moderna, pero y sobre todo, la desaparición del mismo concepto de paradigma para comprender los fenómenos de la vida en su infinita diversidad como redes, tejidos, fieltros rizomáticos que no admiten ya arquetipos, tipos, modelos, paradigmas.

El rizoma, aparece y desaparece en cualquier lugar, y en cualquiera de sus apariciones, está toda la planta. Las dinámicas vitales que se dan como acontecimiento en un lugar, aparecen en otras regiones del país o fuera de él, de manera aleatoria,

por fuera de cualquier programa racional de planeación. Los acontecimientos del mundo de la vida se deslizan y desplazan, adquiriendo formas diversas.

La dimensión ambiental rizomática, conecta la ciudad con el campo, lo rural con lo urbano y lo agrario, la naturaleza con la sociedad, el cuerpo con el alma, de una manera nueva: transracional. La problemática ambiental se descentra de los ecosistemas y se traslada a la relación compleja entre los rizomas culturales y los rizomas ecosistémicos, haciéndonos ver cómo las acciones y transformaciones urbanas impactan tanto el medio ambiente cultural como el ecosistémico, por lo cual es necesario un nuevo concepto de educación donde se desarrollen actitudes que tengan en cuenta las diversas y complejas formas de ser de la ciudad, ésta no como ente metafísico, sino como resultado de los flujos permanentes que acontecen entre lo urbano, lo rural y lo agrario.

El concepto de lo urbano - agrario, es complejo. La ciudad es esa red donde una serie de racionalidades tecnológicas se ponen en movimiento, para producir y consumir energía, alimentos, materiales para la construcción de vivienda, para la industria metalúrgica y para cubrir una serie de necesidades de la sociedad moderna. Es tan racional el concepto de lo agrario, como de lo urbano. Podríamos decir sin temor a equivocarnos que la urbanización de lo rural es lo agrario en el sentido de que lo rural se convierte en una especie de banco de recursos para satisfacer las necesidades de consumo de la ciudad.

Pero mientras los planificadores urbanos regionales, miren la planeación solamente como una forma racional de acción sobre la realidad rizomática de lo urbano - agrario, como unos instrumentos racionales para «ordenar» lo que en su estructura profunda no obedece a un orden racional sino más a un campo de velocidades aleatorias, es decir un campo rizomático, será muy difícil que la planeación urbano - agraria, permita potenciar una sostenibilidad ambiental, que es sin duda, una sostenibilidad cultural.

La escisión entre lo ambiental y lo cultural está aún en nuestro lenguaje. Lo externo se piensa como objeto y esto incluye la ciudad, los ecosistemas, los artefactos, las cosas mismas. Las sustancias alucinógenas, enteógenas y narcóticas, se miran como objetos, olvidando su valor simbólico, sus usos a través de la historia de las culturas, su sentido y significación ritual. Despojar a las sustancias de su sentido, es despojar a las culturas de los suyos, porque no existe el objeto y el sujeto; lo que existe es una diversidad inmensa de formas de existencia. La ciudad expresa sus

sentimientos a través de lo urbano por lo que hay que escuchar la ciudad como ser y una cosa que nos está diciendo a gritos, es que las adicciones expresan el deterioro del tejido profundo de nuestra estructura ecocultural.

## La ciudad - hablante

Hacer una hermenéutica de la ciudad, es una tarea de educación ciudadana, que abre puertas hacia una nueva ética. Para ello, es importante comprender e interpretar la ciudad como ciudad flujo, como ciudad sujeto sensible que fluye en los lenguajes.

Un primer acercamiento a la idea de que la ciudad es un sujeto hablante, se interpretó desde la visión saussuriana del lenguaje. Así, el hecho arquitectónico y urbano, por ejemplo se tradujo en una relación biunívoca entre un significante y un significado, que haría de dicho acontecimiento una especie de signo lingüístico.

Este modelo hizo que por espacio de años, trabajáramos en la interpretación de la arquitectura y la ciudad como si estas tuvieran uno y sólo un significado. Sin embargo, la reflexión y comprensión misma de la ciudad como polisémica, nos llevó a la deconstrucción de este concepto de ciudad como signo lingüístico monosémico, pues este necesariamente excluía, o negaba otros significados y sentidos diversos de ciudad. Era de nuevo la aparición del a priori racionalista, esta vez en la pretensión de un lenguaje universal, simple, plano y sin ninguna referencia con el complejo y multisignificacional contexto regional. La teoría del regionalismo crítico y posteriormente las propuestas emanadas de los estudios ambientales urbano - agrarios, de la ética y de la estética, así como de la antropología y la etnografía, apoyaron nuestra tarea de proponer una hermenéutica de la ciudad, a partir de los lenguajes específicos y propios de la vida ciudadana, para comprender a su vez el fenómeno de las adicciones.

Abandonamos entonces los modelos y decidimos trabajar con los conceptos de imaginarios cambiantes y de fragmentos, en lugar de totalidades absolutas. Como en la poesía, preferimos trabajar con imágenes más que con modelos científicos. Entramos en el campo específico de la estética, y nos interesamos por los escenarios y por los actores que conforman nuestra ciudad, más que por idealidades puras y categoriales del concepto moderno de ciudad.

Encontramos una gran pobreza en los modelos ideales y universalistas, pues ellos contribuyen a que perdamos la perspectiva del contexto y del lugar. Muchas veces por salir en defensa de esas grandes verdades universales, no respetamos los contextos propios como nuestra propia forma de ser. Por hablar los grandes discursos universales, perdemos la perspectiva de nuestra propia palabra. Con el derrumbamiento de los grandes modelos tipológicos de ciudad, surge la nostalgia como un sentimiento que nos impide comprender nuestra ciudad en sus procesos.

Fascinados por esa nostalgia, olvidamos que lo que no es para nosotros, puede ser para otros. Es decir: lo que para nosotros puede no ser la Ciudad con mayúscula, puede ser para otros su ciudad. Es posible que la ciudad no hable ya con los lenguajes que pretendíamos universales, pero ella siempre habla; y lo hace porque hay un alguien que la escucha. No existe lenguaje sin hablantes y sin oyentes. Y para cada quien lo que se dice no es otra cosa que lo que él interpreta. Es decir, la pretendida objetividad heredada del positivismo, es sólo una interpretación más, que se ha convalidado por un universo de subjetividades que se han puesto de acuerdo a través de la discusión, el diálogo o la imposición.

Dicho de otra manera, sólo es posible el habla en la diferencia y no en una forma de ser única. Si esto no fuera así, todos pensaríamos y viviríamos igual. Los conflictos de la existencia aparecen precisamente porque cada uno de nosotros piensa y vive distinto. Uno de los problemas que actualmente vive nuestro país y nuestra región, consiste en que no aceptamos la diferencia, la alteridad; no escuchamos. Hablamos bellos discursos sobre la tolerancia pero no toleramos la presencia ni el pensamiento del otro. El campo de la diferencia de interpretaciones, de sentidos, de sueños y de deseos es el ámbito que nos permite pensar la ciudad como polisémica y la ética ciudadana como una ética surgida de la trama de relaciones complejas y contextuales entre los habitantes de una ciudad y su territorio ecosistémico y cultural. El primer paso para hacer una hermenéutica la ciudad es entonces, escuchar lo que ella dice como sujeto hablante, deponiendo previamente, toda teoría universal o modelo universal de ciudad.

Lo anterior implica una ruptura con la Historia de la Ciudad en sentido lineal y universal, lo que implica también una ruptura con los macrodiscursos de las teorías racionales de la arquitectura y de la ciudad, para comenzar por comprender sus formas dentro de historicidades propias, singulares y dentro del imaginario cotidiano que tienen sus habitantes. A un macrodiscurso sobre la Ciudad (con mayúscula),

le enfrentamos las imágenes que se tienen de cada ciudad específica, imágenes que son el tejido de sueños, deseos y realidades; imágenes que son composiciones cambiantes de la experiencia del habitar la ciudad. La ciudad, más que un discurso conceptual, se expresa en diversas esteticidades sociales con los lenguajes tecno-maquínicos propios del fin del segundo milenio. Estos imaginarios de ciudad son las ciudades que día a día vivimos y una ética ciudadana debe partir de la comprensión de estos imaginarios - imágenes, para poder resignificar los valores que constituyen el tejido complejo de la cultura urbana.

Es en ellos y no en la ciudad - objeto, donde se tejen redes profundas de solidaridad o de violencia, de inclusión o de marginalidad, de cooperación o de egocentrismo. Son dichos imaginarios quienes nos hablan y expresan la dolencias y potencialidades de la vida urbana actual. Una lectura de dichas singularidades permite una comprensión mayor de la adiciones por cuanto ellas son hilos que tejen el fenómeno de lo urbano y expresan la fragilidad ambiental de nuestra cultura.

Escuchar la ciudad, nos puede permitir comprender mejor el fenómeno de la droga y poder construir soluciones que nos permitan una vida con mayor calidad.

## Bibliografía

- ANGEL Augusto. (1990) *Hacia una sociedad ambiental*. Bogotá: Editorial Labrador.
- ANGEL MAYA Augusto. (1995) *La Fragilidad Ambiental de la Cultura*. Santafé de Bogotá : EUN Editorial Universidad Nacional Instituto de Estudios Ambientales IDEA.
- ANGEL MAYA Augusto. (1996) *El reto de la vida*. Santafé de Bogotá : Ecofondo.
- ARAQUE Osorio, Carlos (1998) *Ceremonia, ritual y fiesta Muisca*. En *Miradas en torno al carnaval y la fiesta, una aproximación multidisciplinaria*. Revista Escuela Popular de Arte. Núm 1, 1998. Medellín.
- ARGAN Giulio Carlo. (1982) *El concepto del espacio arquitectónico*. Desde el Barroco a nuestros días. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BACHELARD Gaston. (1991) *La poética del espacio*. México: Breviarios Fondo de Cultura Económica.
- BERIAIN Josexo. (1990) *Representaciones colectivas y proyecto de Modernidad*. Barcelona: Anthropos
- BERMAN Marshall. (1991) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. La experiencia de la modernidad. Bogotá: Siglo XXI editores.
- BUBNER Rüdiger. (1992) *Acerca del fundamento del comprender in: ISEGORIA No. 5*. Revista de Filosofía moral y política. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Filosofía. p.p. 5 a 16
- CALABRESSE. (1994) *La Era Neobarroca*. Madrid: Ediciones cátedra
- CASTORIADIS, Cornelius (1989) *La Institución imaginaria de la sociedad*. Vol2: el imaginario social y la institución. Barcelona, Tusquets
- DELEUZE Gilles, GUATTARI Félix.(1994) *Mil mesetas*. Capitalismo y esquizofrenia. Traducción de José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta. Valencia: Editorial Pre - textos.
- DELGADO R. Manuel. (1994) *Las estrategias de memoria y olvido en la construcción de la identidad urbana: el caso Barcelona*; en: *Ciudad y Cultura*. Memoria, Identidad y Comunicación. Medellín: VII

Congreso de Antropología en Colombia, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Antioquia.

DELGADO R. Manuel. (1997) La ciudad no es lo urbano. Hacia una antropología de lo inestable; en: Sobre Hábitat y Cultura. Medellín: Universidad Nacional

DELGADO R. Manuel. (1997a) La ciudad anterior. Mito, Memoria e Inmigración; en: Sobre Hábitat y Cultura. Medellín: Universidad Nacional

DELGADO R. Manuel. (1998) La ciudad mentirosa; en: *Metrópolis: Espacio, Tiempo y Cultura*. Medellín: Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional

DURAND, Gilbert. (1981) Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a la arquetipología general. Madrid, Taurus

ECHAVARRIA Jorge. (1998) La Fragmentación de la *Metrópolis*; en: *Metrópolis: Espacio, Tiempo y Cultura*. Medellín: Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional

ECHEVERRI G. Jorge (1999) La construcción de imaginarios en el carnaval de Riosucio. Manizales: Universidad Nacional. Inédito

ECHEVERRI G. Jorge, NOGUERA Patricia (2000) *Ética, Ciudad y Vida*. En: Risaralda Educadora. Pereira: Gobernación de Risaralda, Compiladores: Sabas y Vallejo

ECHEVERRIA Javier (1994) *Telépolis*. Barcelona: Destino

FRAUME Mérida, NOGUERA Patricia y otros. (2000) *Caldas Ambiental Agrario*. En: Perfil Ambiental Agrario de Caldas, Manizales: Universidad Nacional de Colombia IDEA - COLCIENCIAS. Inédito

FRAUME Mérida, NOGUERA Patricia y otro. (2000a) *El Medio Ambiente Agrario*. En: Perfil Ambiental Agrario de Caldas, Manizales: Universidad Nacional de Colombia IDEA - COLCIENCIAS. Inédito

FREUD S. (1970) *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza Editorial

FURST, Peter T. (1992) *Alucinógenos y cultura*. México, Fondo de Cultura Económica

GADAMER Hans-Georg. (1991) *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós.

GADAMER Hans-Georg. (1991a) *Verdad y Método*. Fundamentos de una hermenéutica filosófica. Salamanca: Sígueme.

GARAGALZA Luis. (1990) *La interpretación de los símbolos*. Hermenéutica y lenguaje en la filosofía actual. Barcelona: Anthropos.

GARCIA CANCLINI Néstor. (1990) *Culturas híbridas*. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad. México: Grijalbo.

HABERMAS Jürgen. (1990) *Teoría de la Acción Comunicativa*. Tomos I y II. Buenos Aires : Taurus.

HEIDEGGER Martín. (1991) *Construir, Habitar y pensar*. Traducción de Karin S. de Poortere. in: *Revista Ingeniar* #6 p.p. 49 a 53 y #7 p.p. 19 a 26. Manizales: Universidad Nacional de Colombia, 1991

HOYOS V. Guillermo. (1989) *Elementos filosóficos para la construcción de una ética Ambiental*. i: *Memorias Seminario Nacional sobre Ciencias Sociales y Medio Ambiente*. Bogotá: IICFES.

HOYOS V. Guillermo. (1993) *Reflexión ética y Cultura*. in: *Presencias y ausencias culturales*. Bogotá: CORPRODIC.

ISAAC Joseph. (1998) *El derecho a la ciudad*. La ciudad configurándose: dos paradigmas de la investigación; en: *Metrópolis: Espacio, Tiempo y Cultura*. Medellín: Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional

JUNG, C.G. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós.

LYOTARD J. F. (1986) *La condición Postmoderna*. Madrid: Cátedra

MALRIEU, Philippe (1971) *La construcción de lo imaginario*. Madrid: Guadarrama.

MARTIN-BARBERO Jesús. (1994) *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación*; en: *Ciudad y Cultura*. Memoria, Identidad y Comunicación. Medellín: VII Congreso de Antropología en Colombia, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Antioquia.

MORIN Edgar. (1996) *El paradigma perdido*. Barcelona : Kairós, 5ª edición en castellano

MONTOYA G. Jairo (1994) *Ciudad y Escritura: Huella y Memoria*; en: *Ciudad y Cultura*. Memoria, Identidad y Comunicación. Medellín: VII Congreso de Antropología en Colombia, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Antioquia.

MONTOYA G. Jairo (1998) *La emergencia de las subjetividades metropolitanas*; en: *Metrópolis: Espacio, Tiempo y Cultura*. Medellín: Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional

NOGUERA Patricia. (1987) *El concepto de espacio en la modernidad*. In :DANA Documentos de Arquitectura Nacional y Americana # 23. Chaco : Argentina. p.p. 92 a 96

NOGUERA Patricia. (1993) *El paradigma tecnológico y la ética ambiental*. in: *Memorias Seminario Municipio y Medio Ambiental*. Manizales, Universidad Nacional y SCA. Noviembre 12. p.p. 45 a 52

NOGUERA Patricia. y ECHEVERRI Jorge. (1994) *Ideas acerca del concepto de Cultura*. in: *Revista Anfora* # 3. Manizales: Universidad Autónoma.

NOGUERA Patricia. (1994a) *La educación ambiental en la historia de la educación en Colombia*. Ponencia presentada al II Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación en América latina. Campinas: Universidad Estatal de Campinas, Septiembre. p.p. 3

NOGUERA Patricia. (1995). *El territorio perdido*. Disolución del otro, Ilusión del yo. in: *Revista sobre cultura y droga* # 2. Universidad de Caldas.

NOGUERA Patricia. (1996) *El territorio ético*. Desolación cultural y crisis ambiental in: *Cuadernos de Epistemología Ambiental* # 3. Manizales: Instituto de Estudios Ambientales IDEA, Universidad Nacional CINDEC. Centro de publicaciones

NOGUERA Patricia. (1998) *Escisión y Reconciliación : Movimiento autorreflexivo de la Modernidad estética*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia.

NOGUERA Patricia (1998a ) *De una educación científicista a una educación estético ambiental en la educación formal*. Ponencia presentada en el I Congreso Iberoamericano de Filosofía, Cáceres - Madrid, septiembre de 1998. *Memorias en edición*.

NOGUERA Patricia (1999) *Educación Estético - ambiental y Fenomenología*. Problemas filosóficos de la Educación estético - ambiental en la Modernidad. Campinas: Universidad Estatal de Campinas. Manizales: Universidad Nacional.

NOGUERA Patricia (1999a) *Lo Urbano, lo Rural y lo Agrario: Modelo rizomático de investigación ambiental*. Manizales: Universidad Nacional IDEA.

NOGUERA Patricia. (1999b) *Cultura y Corporeidad: El juego como posibilidad de construcción cultural*. Manizales. En: *Revista Cultura y Droga* # 3, Manizales: Universidad de Caldas - Gobernación de Caldas

NORBERG-SCHULZ Christian. (1975) *Existencia, espacio y Arquitectura*. Barcelona; Blume.

ORTIZ-OSÉS Andrés. (1993) *Hermenéutica : entender, comprender, interpretar*. En : *Hermenéutica y Educación*. Bogotá : Dimensión Educativa.

PERGOLIS Juan Carlos. (1998) *Bogotá Fragmentada*. Santafé de Bogotá: Universidad Piloto . TM Editores

RABADE Sergio. (1985) *Experiencia, cuerpo y conocimiento*. Madrid : Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

RICOEUR Paul. (1985) *Hermenéutica y Acción*. Buenos Aires: Docencia.

RICOEUR Paul. (1990) *Soi-même comme un autre*. Oeris: Ed. du Seuil.

RINCON Carlos: *La no simultaneidad de lo simultáneo*. Postmodernidad, globalización y culturas en América Latina. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995

RONDEROS J. NOGUERA P. ECHEVERRI J. ESCOBAR G. (1995) *Escenarios culturales de la droga en Manizales*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas

SALABERT Pere. (1995) *Declives éticos, Apogeo estético y un ensayo más*. Cali: Editorial Facultad de Humanidades.

SALABERT Pere (1998) *Figuras de la Ciudad*. Seminario realizado en la Universidad Nacional Sede Manizales, gracias a la coordinación del Departamento de Ciencias Humanas, en colaboración con el departamento de Arquitectura

SALAZAR Francisco, VALENCIA Javier G (2000) *Interpretación ambiental de los imaginarios urbanos de Manizales: Recicladores y ambientalistas*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia, Inédito.

SENNETT, Richard. (1991) *Carne y Piedra*. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental. Alianza ed.

STEINER George. (1991) *En el Castillo de Barba Azul*. Aproximaciones a un nuevo concepto de Cultura. Barcelona: Gedisa.

VATTIMO Gianni. (1985) *El fin de la Modernidad*. Barcelona: Gedisa.